

Informe Regenta

Los señores agentes, aquí presentes, me solicitan que escriba en un informe lo ocurrido en La Regenta.

Pasaba por allí y vi que tenían una nueva exposición. Entré y tropecé con una piedra, la piedra con la que siempre volvemos a tropezar. Eso era la exposición, esculturas de mármol que crecían desde el suelo, como una extensión de la propia arquitectura. La segunda piedra era el televisor, la cueva del mito platónico. Girando a la izquierda nos encontrábamos el sillón de mármol de la nación, con el gran muro de la xenofobia en el respaldo, y el apoyabrazos en la mano izquierda. Sí, a los amigos con mano izquierda, hábitos modernos.

La cuarta era un largo rectángulo. Me recordó los mapamundis holográficos de las películas. Un poco más adelante, en una esquina, alejado de todo, el ego, encerrado en sí mismo, con muros a todo su alrededor, bañándose en el jacuzzi de la ignorancia. Al seguir girando, me di cuenta de que me había equivocado de camino. El verdadero estaba escrito en el suelo con mármol negro. Solo tenía que levantarme del sillón y saltar un muro. Sí, míralo, el camino está también escrito en el muro. Solo tengo que saltarlo, y llegar al sillón, y volver al muro y luego otro muro, y otro y otro. Estaba girando en círculos.

Rompí las líneas y me aventuré al mármol blanco. Me encontré una tumba con mi nombre escrito. En frente, el mapamundi se transformaba en ataúd y me enterraban. Subí al cielo, también conocido como la segunda planta.

En ese espacio de las cosas encontré almas de aluminio rondando, y la efeméride del mármol primigenio empalado en el suelo. Más allá se extendían los páramos de lo ancestral y lo futuro, picón y cobre, en los que veíamos granito ahorcado, la tensión de la cuerda rodeando el cuello del granito. A lo largo del otro pasillo se extendían fábricas de plástico, que daban vueltas sobre sí mismas, *acción manifiesta*, dicen, *working in progress*. Finalmente, llegué a una especie de celda, donde estaban todas las almas de aluminio encerradas. Me puse a romper el hierro para liberarlas.

Entonces llegó el segurita y me pidió que me calmara y me llevó de nuevo a la tierra¹ la primera planta, donde mi tumba, aquel rectángulo de piedra, parecía ahora una granja, y yo me sentía como una oveja orwelliana trayendo la revolución en la granja a la que expulsaban.

Lo cierto es que la revolución todavía no llega. Lo sé porque mientras salía de La Regenta oí comentar a la gente que la exposición solo eran piedras.

¹ Los agentes aprueban que deje constancia de que son ellos los responsables del tachón.